E

n estos días recordamos que en nuestra facultad nos hicieron estudiar los discursos de un profesor noruego, que pronunciaba fuertemente desde el atril de su clase de Filosofía del Derecho. En la semana siguiente, desde su pupitre de docente, un profesor alemán le replicaba. Las exposiciones de uno y otro eran impresas y repartidas entre la comunidad jurídica, de manera que los argumentos de ellos eran sometidos a disección. El debate no se enredó en las diferencias de idioma, ni siquiera en los distintos sistemas jurídicos en vigor en cada jurisdicción. Las clases de ambos se abarrotaban de partidarios y opositores que querían de primera mano oír las respuestas que su profesor daba a su colega. El tono de ambos profesores era serio, calmado, profundo. Nunca se burlaron de su contendor ni lo descalificaron de algún modo. Un argumento era respondido por un análisis, seguido de otro argumento, en veces para expresar conformidad, en otras para manifestar un punto de vista diferente. Su autoridad ontológica era igual: ambos profesores. Su autoridad epistemológica semejante: pensadores de la Filosofía del Derecho, conocedores de su historia, su teoría y sus aplicaciones, que exponían sus ideas con apego a los criterios de verdad y con respeto de las reglas de la lógica. A nosotros, apenas estudiantes, nos hicieron el gran favor de enseñarnos, a través de su ejemplo, a pensar y a saber que en materia de conocimiento los avances se logran mediante discusiones y debates cordiales, que de cuando en vez alcanzan consensos. Entre semejantes maestros ninguno se abstenía de reconocer los aciertos del otro. No se alcanzaba a cerrar un punto cuando uno de ellos abría otro, obligando a continuar la maravillosa conversación sostenida en tiempos de máquinas de escribir, cuando se desconocía todo tipo de documentos y comunicaciones electrónicas. Así llegaron hasta nuestros días por la altura de su saber y no por su divulgación mediática.

Hoy en día decimos y repetimos muchas cosas, a lo mejor basados en algún libro. Pero no discutimos, no debatimos, no conversamos, porque solo sabemos hacer afirmaciones, en lugar de plantear proposiciones o hipótesis para enseguida exponer sus fundamentos. Si los discursos están dirigidos a generar aplausos, ha de saberse que estos se logran por identidad en los planos sensoriales, por corresponder a ideas propias, pero no por la belleza de su estructura, de su rigor, de su comprobación. Que la ciencia sea universal no significa que todos los científicos están de acuerdo en todo tiempo y lugar. Significa que muchos logros son iguales, idénticos, por aislados que se hayan obtenido. Significa que se respeta la autoridad epistemológica de quien la demuestra, no de quien se la atribuye. En el Evangelio (Mateo 7) no enseñan que “*16 Por sus frutos los reconocerán. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los cardos?*” ¿Quiénes son los que han influido en las estructuras sociales? ¿Quiénes los que censuran y censuran? ¿Quiénes se han apoyado en los cánones científicos? ¿Quiénes se apoyan solamente en la retórica? Como aquellos alumnos, hay que tomar partido sobre argumentos.

*Hernando Bermúdez Gómez*